

no supísteis, sino mucho tiempo despues, que me habia separado de Cárlos, y tanto vos, tío mio, como aquel banquero respetable, me acusásteis con alguna razón, de lijero, de imprudente, y tal vez de calavera. Confieso ahora que pude haber dado lugar á estas sospéchas, porque cuando Bermond escribió á su padre se guardó muy bien de manifestarle la verdadera causa de nuestra separacion, y por consiguiente no es extraño que solo yo resultase culpado. Mas prosigamos.

Atolondradaré indiscreto, como suelen serlo por lo comun los mas de los jóvenes en la edad que yo tenia entonces, no tardé en cometer algunos errores de funestas consecuencias...

Al llegar aquí Hipólito, le interrumpió el señor Arleville, diciendo:—Oigo ruido en el cuarto de mi padre, y en el estado en que se halla, no puedo tener un momento de sosiego. Permíteme, pues, que corte por ahora el hilo de tu narracion, que mañana proseguirás.—Vamos todos, dijo Hipólito, á saber qué novedad ha ocurrido, y mañana, si las circunstancias lo permiten, continuaré mi historia, refiriéndoos las particularidades de mi amistad con el caballero de Orgeval, que sin duda son mas interesantes que lo que acabais de oír.

DIA CUARENTA.

No habiendo cosa notable respecto á la salud del buen Filberto, y reunidos los mismos del dia anterior, Hipólito prosiguió así:

El bienhechor anónimo.

Cansado de viajar, y queriendo fijarme en alguna cosa, volví á Paris despues de varios lances que paso en silencio. Siempre ansioso de placeres, entregado á un género de disipacion que podia justamente ser censurado por los hombres graves, timoratos y severos, me descuidaba enteramente, mi amado tío, de noticias mi regreso, olvidé visitaros y omití pedir os vuestros juiciosos consejos para dirigir mi conducta. Quedaba en mi poder algo del dinero

que yo debía á los beneficios de mi banquero; y tambien tuve la ingratitud de no presentarme á este hombre generoso; pues no pensaba mas que en divertirme hasta que se agotase mi bolsillo. No dejaba de conocer el peligro de semejante vida, y muchas veces me arrepentia sinceramente de una conducta tan poco digna de mi familia, y tan contraria á las máximas en que me habian educado.

Hallábame hospedado en una casa bellísima de la calle del Palomar, arrabal de San German, en la cual me destinaron un cuarto muy agradable para mí, porque no estaba espuesto al ruido y demas incomodidades de las fondas y mesones. El principal inquilino de la casa era un hombre muy amable; el señor Clemente, anciano de setenta y tantos años, de honradez extraordinaria, de génio sumamente alegre para su edad, y en fin, muy amigo de los jóvenes. Era viudo, y aunque no se le conocian hijos, se hablaba de una hija que habia tenido; pero no se sabia en el barrio qué se habia hecho la muchacha, y en verdad que á mí me importaba eso bien poco.

Trabé amistad con el señor Clemente, pasada aquella especie de urbanidad y atencion que se usa entre los vecinos que habitan una misma casa, especialmente siendo bien educados; y como él estaba dotado de un carácter muy franco

y afable, me pareció que él era el primero que deseaba tratarme.—Y bien, vecino mio, solia decirme sonriéndose los primeros dias, parece que anoche os habeis recogido muy tarde! Bien, muy bien! Es menester que los mozos se diviertan; así lo requiere la edad; así lo hice yo en otros tiempos, y aun me acuerdo de cuando velaba cuatro y cinco noches consecutivas, y ni por esas dejaba yo de estar gordo y robusto.

Otras veces me decia:—Quién es una hermosa dama que ha venido á preguntar por vos, vecino mio?... Bien, muy bien! Es preciso que los mozos amen la juventud, porque como dice el refran, *cada oveja busca su pareja*. Esta era mi máxima á vuestra edad, y la practicaba lo mas que podia.

Cierta mañana me preguntó cómo habia yo pasado la noche, ó por mejor decir, el último tercio de ella, porque como decia bien Clemente, habia sido una tremenda desvelada.—Habeis invitado á cenar á algunos amigotes... gente del bronce, supongo.... lo digo, porque oia que metiais tal bulla, que dábais tales carcajadas... mas no penseis que yo me haya escandalizado por eso. No señor; es preciso que los mozos se diviertan. Bien, muy bien!

Este era el continuo estribillo del amigo Clemente: *Bien, bien, muy bien!* é inclinaba la cabeza á derecha y á izquierda, con lo que me

hacia reir mucho; pues daba un aire verdaderamente cómico á su abultada y redonda cabeza.

Todo aquel que adule á los jóvenes, contemplando con sus defectos, puede vivir seguro de que les dará gusto, de que le amarán y aun se granjeará toda su confianza. Este fué el efecto que produjo en mí el festivo y alegre señor Clemente: ninguna de mis acciones le parecia mal, todo lo daba por bien hecho, y en vez de censurarme ó reconvenirme, me alentaba él mismo á multiplicar mis placeres, y cuando yo le confesaba con ingenuidad alguna locura mia, que á los ojos de otro hubiera sido una falta grave, él se reia y la celebraba con su frase: Bien, muy bien! es preciso que los jóvenes se diviertan.

Hubiera yo debido reflexionar sobre su torpeza en alabar mis defectos, y notar que se hallaba en contradiccion con su arreglada conducta, porque debo asegurarnos, que sus costumbres eran irreprehensibles. Apenas salia de su casa; era el primero que se acostaba y levantaba en ella; no visitaba ni trataba mas que á varios artistas y literatos, ú hombres de edad y genio análogos al suyo. Debía, pues, en vista de todo esto preguntarme á mí mismo, porqué un hombre de tan sana moral continuamente me miraba con notable preferencia, y me distinguia con su amistad. Distruido con mis diversiones,

cuidaba poco de meditar sobre este punto. El buen Clemente, por su excesiva indulgencia, llegó á cobrar tanto dominio sobre mí, que no obstante la gran distancia de los años, él era mi amigo, mi mas íntimo confidente. Así pues, cuando me preguntó cuáles eran mis arbitrios para subsistir, no tuve reparo en confiarle que ya no tenia otros mas que los del juego. Cualquiera otro viejo me hubiera reconvenido con dulzura, ó tal vez con acrimonia, y dádome algunos consejos saludables; pero nada de eso: mi hombre me contestó riéndose, segun su costumbre: ¡bien, muy bien! Es preciso que los que son felices en el juego y tienen buena suerte ó buena maña, cobren su tributo á los tontos. Oh! eso es muy justo!

Supo tambien mi amigo cuales eran los garitos que yo frecuentaba, todas mis acciones dia por dia, y á todo replicaba: ¡bien muy bien!

Un dia que estaba yo en el teatro, ví en un palco frente al mio al buen Clemente, que al parecer hablaba con mucha viveza y calor con una señorita, y advertí que me señalaba con el dedo. Me admiré de ver en el teatro á mi viejo, porque nunca iba á él, acostándose como lo hacia regularmente todos los dias á las ocho en el invierno, y á las nueve en el verano. Tambien me sorprendió verle en compañía de una joven y en conversacion con ella. Hubiera que,

rido examinar detenidamente el rostro de aquella mujer, pero lo tenia medio oculto con un velo que apenas levantaba para mirarme, lo cual hacia con marcada atencion. Siendo yo tan curioso, y con el objeto de burlarme de mi severo *Catón*, me dirijo á su palco; notó el viejo mi determinacion, y me pareció que le incomodaba; sin embargo, llamo á la puerta, y aunque al principio no me responde, la abre despues.

Mis esfuerzos por ver el rostro de su compañera salieron fallidos, pues ademas de que con mi presencia se ocultó mas, siempre me volvía la espalda, mirando rectamente al foro del teatro.

El señor Clemente me suplicó al oído que le dejase solo, y yo, figurándome que habia misterio en esto, me sonreí; miróme con mucha seriedad, y entonces, persuadiéndome que ya le incomodaba tanta indiscrecion de mi parte, me retiré prometiéndome divertirme á su costa la mañana siguiente. Así lo quise hacer; pero él escuchó con tanta frialdad mis chanzonetas, que temiendo disgustarle, si proseguia en ellas, no volví á hablar del referido lance.

Como de allí á algunos dias se hubiese sentido indispuerto, me suplicó fuese de su parte á entregar cierto manuscrito á un autor, amigo suyo, á quien habia citado para el café de Pro-

cópio. En efecto, desempeñé este pequeño servicio con mucho gusto, y apenas entro en el café, veo venir hácia mí á un viejecillo, cuyo rostro, ademas de estar medio emboscado debajo de un gran pelucon, estaba desfigurado con un parche que le cubria el ojo y parte de la mejilla derecha.—Oh! señor mio, me dijo; espero que me disimuleis; os he visto con mi amigo Clemente, y como sé que vivís en su misma casa, me tomo la libertad de preguntaros si vendrá aquí como me ha prometido.—No señor, no puede venir porque se halla indispuerto.—Ah! lo siento. Esperaba un manuscrito...—Pues aquí le teneis.—Mil gracias, amigo mio. Le habeis leído?—Nunca me hubiera tomado esa licencia.—Pudisteis haberlo hecho sin reparo. Viene á ser un plan de moral, compuesto segun mi sistema, para mejorar á los hombres, si es posible.—Si es posible! Decís bien.—Permitidme que os lea uno que otro fragmento... Sentémonos, y haremos las once.

Acepté su oferta; estuvimos hablando mas de dos horas, y si hallé en mi viejo un gran fondo de sabiduría, tambien me pareció que no le desagradaban algunas reflexiones mías que sujeté á su dictámen, porque ciertamente tenia yo entonces mas inteligencia y juicio en mis discursos, que en mis acciones. Separóse tan contento de mí, como yo lo estaba de él; y fuí á dar cuen-

ta de mi comision al amigo Clemente, el cual tuvo dificultad en disimular su viva satisfaccion cuando le dije que su autor habia al parecer hallado en mí bastante despejo y algo de sana filosofía. No pudo menos de exclamar con una energía que me sorprendió:—Quién duda, querido Hipólito, que podiais ser un hombre grande! pero las pasiones, amigo mio; las pasiones!

Aquí se detuvo como apesarado de su exclacion; era ésta la primera vez que le oia espresarse en tales términos. Conociendo mi amigo esto mismo, recobró en un momento su humor festivo.—Por lo demas, me dijo, ya veo que teneis el arte de hacer que se os disimulen estas pasiones tan naturales en vuestra edad. Sois amante de los placeres; y bien, qué mal hay en esto? Jugais, requebrais á una hermosa... bien, muy bien! cuando seais tan viejo como yo, descansareis, y estoy seguro de que os habeis de acostar á las ocho como yo lo hago. Qué gusto tendreis entonces en recordar vuestras ilusiones! Yo lo experimento ahora cada vez que me acuerdo que á los veinticinco años era tal vez peor que vos. Vamos, vecino mio: alegrarse, alegrarse, y como dijo el otro, quién sabe si el mundo durará tres semanas?

Como le ví restituído á su genio chancero y decidor, me olvidé inmediatamente de su exclacion, de mi conferencia con el autor del ca-

fé de Procópio, y seguí de nuevo la carrera de mis desórdenes.

Habia yo trabado estrechísima amistad con una jóven llamada Flora—por el nombre adivinareis cuál seria su profesion—la cual vivia con un hermano suyo llamado Lorenzo, en un cuarto á dos pasos del mio. Daba esa muchacha lecciones de arpa y de música vocal, y su hermano, que no tenia ningun oficio ni capacidad para ejercerlo, jugaba como yo, unas veces perdiendo y otras ganando, segun su buena ó mala suerte. Figurábame yo enamorado de Flora muy de veras, y esta mujer astuta, representaba conmigo el papel de juiciosa y esquivada para ir guiándome poco á poco al templo del himeneo, pues tal era su objeto y el del hombre artificioso que la servia de director. Tanto á ella como á su fingido hermano los miraba como á mis mejores amigos, y no me separaba de ellos en todo el dia. Concurrían á todos mis convites y francachelas; pedíanme dinero prestado, y me lo restituían con la mayor puntualidad; pasaban gran parte de la noche conmigo, y tambien de vez en cuando me agasajaban en su modesto albergue.

Siempre que hablaba de ellos con mi amigo Clemente, que los veia venir á mi cuarto, los ponía yo en las nubes, persuadiéndome que no podia tener amigos mas constantes que Loren-

zo y su hermana. Por lo que hace al trato con esta, empezó desde luego á darme bromas, pero yo le protesté, y así era en realidad, que Flora no era lo que él pensaba, y que yo la respetaba demasiado para abusar de su virtud. Entonces el buen Clemente soltó los diques de sus alabanzas á la modestia, dulzura y belleza de aquella jóven, inflamándome cada vez mas en el ardiente amor que la profesaba. Qué amigo tan bonazo! me direis; pero aguardad un momento, y la continuacion de mi historia os le hará conocer mejor.

Un año despues de llevar esta vida, se volvió de un golpe contra mi la fortuna y llegando á perder en el juego en dos noches, el poco dinero que me quedaba, á la tercera me ví precisado á jugar el reloj y otros objetos de algun valor, que componian lo principal de mi equipaje. De qué dimanaba esta fatalidad? Yo frecuentaba las mismas casas de juego, y eran unos mismos, con corta diferencia, los jugadores. Para tentar fortuna, resolví mudar de teatro; pero cada vez me iba peor! En este último no encontré ningun conocido, y los tahures que asistian á esta casa me despojaron de todo, de manera que me quedé únicamente con el vestido que llevaba puesto. En tan affligida situacion recurrí á mi amigo Lorenzo, y efectivamente partió conmigo seis luises que habia ganado la víspera.

Volví á jugar aquella misma noche, persuadiéndome que podria rescatar algo de lo perdido. Vanas esperanzas! pierdo nuevamente, juego sobre mi palabra, y al amanecer me hallo debiendo cien luises, que no era capaz de pagar. Lleno de desesperacion, pregunto al sugeto que acababa de ganarme aquella cantidad, en donde vive, protestándole que se la llevaria dentro de algunas horas. Vuelvo á mi casa agitado por ideas terribles... dan las doce, y veo entrar á mi acreedor, cuyo aspecto me hace temblar: aguardo que este hombre me reconenga por mi falta de palabra en restituirle su dinero; pero cuál fue mi sorpresa cuando le oigo decir:—Amigo, vengo á daros las gracias por vuestra puntualidad; mas os habeis equivocado al pagarme, dándome mas de lo que me debiais.—Cómo es eso?—No eran mas que cien luises los que habiais perdido, y el paquete que me han entregado de parte vuestra contiene ciento cincuenta. No los conté al pronto, aunque tuve cuidado de informarme donde viviais, y habiendo hallado despues los cincuenta de mas, he venido á traéroslos.—Creo que os burlais de mí?—Cómo, burlarme? Por entregaros lo que es vuestro? Se conoce que ha sido una equivocacion, en que se manifiesta claramente vuestra buena fé, y por tanto la mia exige que os

haga esta restitucion. Tomad, pues, los cincuenta luises, y ved en qué os puedo servir.

Dejó el tahir aquella cantidad sobre la mesa, y se fué sin esperar mi respuesta, bien es verdad que no hubiera sido capaz de dársela, pues no salia de mi asombro! Conocí desde luego que alguno habia pagado mi deuda; pero quién podria ser?... inclinéme por decoptado á creer que hubiese sido el señor Clemente.— Pero si este hombre, dije, tiene mil excelentes prendas, le acompaña el defecto de la avaricia, y por otro lado, me consta que no le sobra el dinero; por lo cual, ciento cincuenta luises deben ser una cantidad muy superior á sus recursos y á su generosidad. ¡Quién, pues, habrá sido mi favorecedor en tan desesperadas circunstancias?

Bajé al cuarto de Clemente para comunicarle lo que acababa de sucederme. Hallélo muy encolerizado, porque el recaudador de contribuciones le habia enviado un ejecutor; y como no tuviese por entonces el dinero necesario para pagarle, me suplicó le prestase doscientos francos.— Con mucho gusto, vecino, le dije, cabalmente he recibido unas cuantas monedas, con las cuales no contaba. Díle en efecto aquella cantidad; pagó al ejecutor y lo despachó, abrazándome tiernamente. Referíle mi buena fortuna, quedóse tan admirado como yo, y em-

pezamos á discurrir, aunque en vano, sobre quién podria ser el autor de tan grande beneficio. Igual confianza hice á Flora y á su hermano: este último, á quien restituí sus tres luises, me pidió prestados doce, y aquella noche fuimos juntos al juego donde hallé á mi acreedor, que habia sido tan bien pagado por la mañana. Me informé de su conducta y me aseguraron que era un picaron; víle reñir con otro jugador por una friolera; pero me guardé bien de hacerle ninguna pregunta, y él pareció muy satisfecho de mi porte, como lo dió á entender á todos, ponderando lo puntual que habia sido en pagarle.

En medio de esto, aun insistia en perseguirme mi adversa estrella; perdí nuevamente cuanto llevaba, y volví desesperado al cuarto de Lorenzo, quien viéndome resuelto á dejar el juego para siempre, me hizo entonces una proposicion que yo tomé por una prueba de su buen afecto.—Tú amas á mi hermana, me dijo, y ella te adora; tú no tienes nada; ella está en el mismo caso; tómala por esposa, y tendremos fortuna de distinto modo.—Es posible que contemplando la situacion en que me hallo me propongas que me case con la hermosa Flora, cuando esta puede hallar otro partido que la haga feliz!—Os amais, y eso basta. Por qué habéis de ser desgraciados por una vil especula-

cion de interés? Casáos... y luego...—Y luego qué?—Ella es jóven, no tiene mal parecer, toca y canta regularmente... Tú eres alto, gallardo, despejado... Vaya, sereis unos excelentes cómicos!—Cómo!... Cielos! el sobrino del señor Arleville abrazar un oficio.....—Tonterías! y ese señor Arleville á quien tanto temes deshonrar, te socorre por ventura?—Solo con pedirle perdón de mis locuras, estoy seguro que me colmaria de beneficios.—Beneficios ¿eh? y un tío! qué buen sermoncito tendrais que aguantar! No, amigo: hasta ahora no has pedido nada á tus parientes, ni á ninguna otra persona. Conserva tu libertad, vive feliz casándote con la que te idolatra, y representa comedias, ya que no hay otro recurso.—Veremos, Lorenzo, veremos; lo pensaré mejor... Esta noche tengo tal tristeza, y estoy tan agitado, que no es posible reflexionar.—Pues bien, sea lo que tú quieras, mañana aguardo tu respuesta, y cuidado que ha de ser tu última resolución, porque de una manera ó de otra mi hermana y yo partimos de Paris.—Con que me abandonareis?—Eso está en tu mano.—Y Flora, la amable Flora podria separarse?... Privarme yo de su compañía?... ¡Oh Dios!—Hasta mañana, Hipólito. Piénsalo bien: mañana estaremos mas tranquilos para resolver y ejecutar con acierto.

Volvíme á mi posada sumamente inquieto, y

por la mañana bajé á dar parte á Clemente de los proyectos de Lorenzo. Era menester que yo hubiese sido muy disimulado para no comunicar mis secretos al honrado huésped, que aprobaba todo lo mio. En efecto, el buen Clemente, segun su costumbre, halló muy razonable y oportuno el partido que me proponian.—Vamos, amigo, me dijo, no hay duda que Flora es hermosa; su hermano es vuestro mejor amigo: casáos, y despues... al teatro. Qué deshonra hay en ser comediante? Todos los oficios son honrados cuando lo son quienes los desempeñan; y yo me burlaria de toda la caterva de tios, de primos y demas parientes, dejándoles pensar lo que quisieren, una vez que para nada le sirven á uno.—Y es posible, señor Clemente, que tal sea vuestro dictámen?—Toma! yo por lo menos así pienso, y á no ser porque con esto me privo de vuestra dulce compañía, no dudeis que os alentaria con mas vigor á que abrazáseis ese partido.—Pues no me determino, lo pensaré mejor.

Retiréme á mi cuarto, y apoyando la cabeza sobre las dos manos, permanecí largo rato fluctuando en la incertidumbre sobre lo que debia ejecutar. Hacia una hora que me hallaba en esta situacion, casi convertido en una estatua, cuando llamaron á mi puerta, y abriéndola entró un sugato, preguntándome:—Vive aquí Hi-

pólito Duverney?—Yo soy, teneis que mandar-me!—Me han encargado que os entregue esto.

Colocó un cajoncito sellado sobre la mesa, y retiróse sin darme tiempo para hacerle las preguntas que me ocurrieron. Abrí el cajoncito, y quedé absorto viendo una bolsa llena de monedas de oro, un retrato de mujer, y una carta para mí. Díme prisa por leer esta carta, cuya letra no pude adivinar de quien sería: su tenor era el siguiente:

“Guardáos, Hipólito, de dar vuestra mano á la despreciable Flora; ella y su hermano son dos bribones, cuyos pérfidos intentos no tardareis en penetrar. Este aviso os lo da quien os estima, y desea libraros de los lazos que os tienden. Aceptad esa bolsa, y creed que no cesaré de serviros en todo.....”

P. D. “El retrato que acompaña esta carta es de una jóven tan llena de virtudes como de gracias, que está destinada para ser vuestra esposa, si procuráis haceros digno de merecerla.”

Confieso, mi amado tío, que luego que ví la carta, el oro y el retrato, sospeché que venian de vuestra mano. Parecióme que me caía una venda de los ojos, y dije:—Al fin todo lo he descubierto; este es mi tío Arleville, que noticioso de mi conducta, quiere sacarme del abismo en que me han sumergido mis desarreglos; y en verdad que no ha tomado mal rumbo,

pues colmándome de beneficios, no tardará en reducirme: conozco su excelente corazón!

Examiné el retrato de la jóven, y me pareció tan hermosa, que faltó poco para que se borrase enteramente de mi corazón, la imágen de la pobre Flora.

Todavía estaba yo admirando aquella beldad, cuando entró Clemente diciéndome:—Vaya, vecino, qué distraído estoy! No hace mucho que estando en mi cuarto, me dijisteis que todo lo habíais perdido en esa maldita casa de juego; y yo... qué memoria tan flaca la mía! que os debo doscientos francos, ya no me acordaba de tal cosa.—No veis que eso es una friolera?—Lo será para vos; mas no para mí, pues por ahora me hallo imposibilitado de pagaros... y acaso, acaso por algun tiempo! Oídme: teneis inconveniente en que apliquemos esa cantidad á cuenta del alquiler de vuestro cuarto? En verdad me hariais en ello un favor.—No hablemos de eso, señor Clemente; repito que es una friolera que á mi nada me importa.—Hombre! si habreis ganado de nuevo?—No; pero tengo cierto génio benéfico que provee á todas mis necesidades. Señor Clemente, veis esta bolsa? Pues se llenará de dinero cuantas veces pueda desearlo.

Calóse mi amigo los anteojos, registró la bolsa y se rió á mas no poder. Enseñéle la carta y el retrato, y comuniqué con él las sospechas que

me ocurrían acerca de mi tío Arleville.—Pero el señor Arleville, me dijo, bien conocido por un hombre muy honrado, tiene diez hijos, no sé cuantos sobrinos, y por mucha renta que tenga no le sobraré nada para mantener y educar á una familia tan numerosa. El señor Arleville os diría:—“Sobrino mío: quiero socorrerte, quiero ampararte; pero esto ha de ser en mi misma casa, y con la precisa condición de que abandones para siempre toda casa de juego, los amigos que te cercan, las maulas que te desangran, porque nada de esto me conviene....” Así os hablaría; y no andaría con tantos misterios para deciros con toda claridad su modo de pensar. Yo creo que es una mujer la que os protege, convirtiéndoos en un héroe de novela. Tal vez el original de ese retrato... no hay que dudarlo, será una viuda verde, rica y hermosa.... os ha visto, le habeis gustado, enamoróse de vos y pervertida su cabeza con la lectura de algunos libros de moda, se vale de todos estos rodeos para llegar á poseeros. Es una mujer... No veis cómo está celosa de vuestra Flora?

Continué mi amigo lanzando alegres carcajadas, y yo quedé medio inclinado á creer que tenía razón.

Iba el señor Clemente á retirarse, con objeto según me dijo, de ocuparse en vender los muebles de uno de sus inquilinos.—Cómo, le dije,

será esa pobre madre con cuatro hijos que vive en la guardilla?—La misma; me debe un dineral, y ya no puedo esperarla mas.—Tomad, amigo, pagaos vuestra deuda, y no altereis la paz de una familia bastante desgraciada. Muy satisfecho el buen viejo con este rasgo mío, tomó el dinero, y me dejó solo. Pasado todavía un buen rato de irresolución acerca del proyecto que debía seguir, me determiné por último, y todo esto mirando y admirando el retrato de mi bella desconocida.—Ella es demasiado hermosa, decía yo, la supongo muy rica, me avisan que Lorenzo y su hermana son dos perdularios... Lo creo muy bien, pues el hermano ejerce el oficio despreciable que yo, el de tahir. Para ser digno de la esposa que me destinan, debo abandonar ese vicio y mudar de conducta enteramente. Resuelto á verificarlo así, me fuí despues de comer al cuarto de Lorenzo en donde presencié la horrorosa escena que vais á oír... Al llegar aquí nuestro Hipólito, entró un criado avisando al señor Arleville que su padre le llamaba, y así no hubo mas remedio que suspender esta divertida historia.